Estructuras de lo latente. Paloma Gámez

¿Es todo lo que vemos hoy arte procesual? ¿Hasta qué punto los artistas conceden realmente importancia al proceso frente al resultado? ¿Son todas las obras, como a menudo se afirma, abiertas, inagotables y disponibles a una multiplicidad infinita de lecturas? La exposición *Estructuras de lo latente*, presentada en la Galería Caicoya entre el 11 de febrero y el 3 de abril por la artista jienense Paloma Gámez, funciona precisamente como un punto de inflexión para abordar estas cuestiones. Más que ofrecer respuestas cerradas, sus obras plantean una reflexión crítica sobre aquello que entendemos por pintura, y en un sentido más amplio, por obra de arte.

Lejos de asumir de manera acrítica los discursos contemporáneos sobre lo procesual, la práctica de Gámez materializa de forma rigurosa esa dimensión, desplazando la atención desde el lienzo como resultado hacia el entramado de elementos que lo hacen posible. Su obra no ilustra una idea, sino que la encarna: bastidores, cuñas, telas sin imprimar o estructuras internas dejan de ser soportes invisibles para convertirse en protagonistas, evidenciando que la pintura no es solo imagen, sino un sistema complejo de decisiones, gestos y materiales.

Esta inversión del foco no es menor. Históricamente, la pintura ha sido entendida como un objeto cerrado, culminado, en el que el proceso quedaba relegado a una fase previa, invisible y, en cierto modo, irrelevante para la experiencia estética. *Estructuras de lo latente* subvierte esta lógica al desjerarquizar los elementos constitutivos de la obra: lo que antes era soporte pasa a ser forma, lo que permanecía oculto se vuelve visible, y el cuadro deja de ser superficie para convertirse en cuerpo. Las piezas, deliberadamente desnudas, evidencian esta voluntad de despojamiento y sitúan al

espectador ante una pintura que se expande hacia lo escultórico y lo instalativo, desdibujando los límites entre disciplinas.

En este contexto, la atención a la materia resulta fundamental. La selección minuciosa de las maderas, la decisión de mantener los cantos vivos de los bastidores o el uso de telas sin imprimación, en ocasiones intervenidas con capas de gesso y en otras presentadas en estado más crudo, no responden únicamente a una cuestión técnica, sino a una toma de posición estética. Incluso elementos como las cuñas, sometidas a ligeros procesos de lijado, abandonan su función utilitaria para adquirir una presencia autónoma. Se produce así una resignificación de los componentes del cuadro, que dejan de ser medios para convertirse en fines, cuestionando las jerarquías de la pintura.

Es aquí donde la propuesta de Gámez se inscribe de manera especialmente significativa dentro del arte procesual y conceptual. Frente a una tradición que situaba el valor en el objeto terminado, en su estabilidad y permanencia, el arte contemporáneo ha ido desplazando su centro de gravedad hacia el proceso, la idea y el tiempo. La obra deja de ser un "ser" para convertirse en un "devenir": una realidad abierta, inacabada, en constante transformación. En este sentido, más que ofrecer un objeto de contemplación pasiva, estas piezas activan al espectador, lo invitan a reconstruir mentalmente aquello que no ve, a pensar la obra más allá de su presencia inmediata.

Así, lo que *Estructuras de lo latente* pone en juego no es únicamente una reconsideración de la pintura, sino una reflexión más amplia sobre la propia naturaleza del arte. Al hacer visibles aquellos elementos que tradicionalmente permanecían ocultos, la artista nos obliga a cuestionar nuestra forma de mirar, a atender a lo que normalmente queda fuera del campo de visión. Porque, en última instancia, la obra de arte no se agota en lo que muestra: es, más bien, el

residuo de un proceso más amplio que ha permitido su existencia. Y es en ese desplazamiento, de lo visible a lo latente, de lo acabado a lo abierto, donde la propuesta de Gámez convierte la experiencia estética en un ejercicio no solo receptivo, sino también productivo.